

y saliendo á la calle diligente,
llamó á la reja, pero inútilmente:
volvió á llamar de nuevo;
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

*¡Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!*

FÁBULA X

LA DICHA ES UN ACASO

Los cien cuerdos y el bobo

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos por acaso
(y aquí diré de paso
que hay á veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio
do la fortuna desigual moraba,
tan rico, que á sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.

La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane á mudarse á todas horas,
se la antojó salir en aquel día
á hacer á uno infeliz: ¡quién lo diría!

Al verla los cien cuerdos
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna

—¡La fortuna! (prorrumpen) ¡la fortuna!—
y arrancan en pos de ella,
mientras que, presurosa,
si bien como ellas bella,

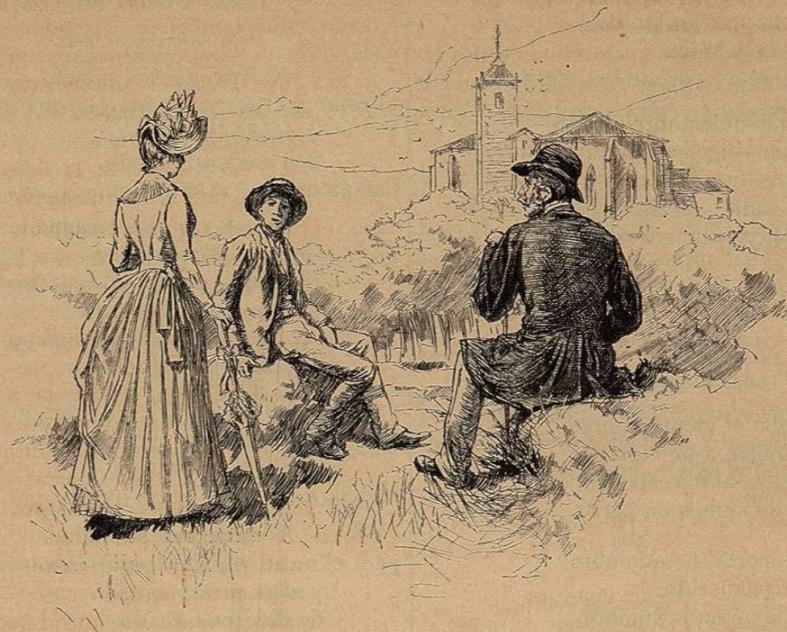


como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que huía,
como mujer también les sonreía.
Al verla el bobo huir con tal exceso:
—Vaya con Dios,—la dijo el muy camuso;
y en celestial arrobó,
dándosele una higa,
porque alguno la siga ó no la siga,
á dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente;
pero con tal ahinco,
que alguno por correr dió un falso brinco,
y se aplastó la frente.
Otros perdieron sólo el sufrimiento;
y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
la señora fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra
determinó volverse á su morada.

Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso
el linde á trasponer de la ancha puerta,
tropieza con el bobo y le despierta!

—¡Caíste en el garlito!—
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni dires,
con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

*No llames, Fabio, tonto
al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr más, no llegarás más pronto:
pregúntaselo al bobo de la historia.*



FÁBULA XI

LA VIDA Y LA MUERTE

El padre y sus hijos

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
—¿Por qué rezas?—Y él al punto:
—Rezo, dijo, á ese difunto.
—Si es que ha nacido uno, necio.—

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando á la retrechera,
con voz solemne la dijo:

*—¡No es rara equivocación,
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo son!—*

FÁBULA XII

A UN GRAN MAL OTRO MAYOR

El ruiñeñor y el ratón

Clamó un ratón sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
—¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!—

Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiñeñor
de un halcón arrebatado:
—¿Truecas conmigo tu estado?—
Y él contestó: —*No señor.*—

FÁBULA XIII

DEL TRONCO SALE LA RAMA

El potro y la yegua

Era una yegua pía,
que sin ánimos ya para dar coces,
á un hijo que tenía,
así le reprendía,
si no con estas, con iguales voces:

—No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo modera el brío;
ten presente, hijo mío,
que es mala educación sacar la pata.—

Al decir—*bien*—el hijo,
la saludó con singular donaire,
de puro regocijo
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasión tan calva,
si los hallase en parte más contigua,
presumo que en la salva
al lucero del alba
y á la madre, de un par me los santigua.

—¿De quién aprendería, —
siguió la yegua, — inclinación tan basta? —
La zorra que la oía:
— De nadie, — le decía,
— créalo usted, vecina; *esa es la casta.* —

FÁBULA XIV

LECCIONES AMARGAS

El padre, el hijo y el perro

Bramaba el viento, agitado,
cuando subían á un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y — marcha, — al joven le dijo; —
no encuentres cual yo la muerte. —
— Pues adiós, — contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que *más fiel el alano*
quedó á morir con su dueño.

FÁBULA XV

LA MUERTE TODO LO IGUALA

La vuelta del campesino

Halló al volver con otros á su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vió escrita en él esta inscripción que aterra:
— UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra;
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró al destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra. —

Fija la vista en los eternos bronce,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo extasiado el campesino entonces:
— ¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres PONCES,
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años! —

FÁBULA XVI

NO HAY DICHA CUMPLIDA

El placer y el pesar

Al descender al mundo
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero
y débil el segundo,

con afecto profundo
llamáronse uno al otro — compañero. —

Sucedió que un cualquiera
encontrando al placer, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
para el mozo el *placer* pidió un castigo,
y el *pesar* de contado
de dolores cercado
voló en defensa de su flaco amigo.

— ¡De hoy nos verá la gente, —
con amor se dijeron, sin segundo,
— juntos eternamente! —
Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela á su sombra.

FÁBULA XVII

BIENES PROMETIDOS

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual á los mortales,
en una arca los bienes
y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luis, ciento á Juan, y á Ramón ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió á ver los bienes, que brillantes

lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última sustancia,
á diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran por fin las sustracciones
de ambiciosos, de avaros y ladrones,
que Júpiter atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí tapa que tapa.

Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
— Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra. —
Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(pues siempre anda del hombre en compañía)
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:
— Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete, *en siendo bueno*:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que *tiempo tienes.* —

FÁBULA XVIII

PRINCIPIO Y FIN DE LAS COSAS

El labrador y la morera

PRIMERA PARTE

Juan, plantó una morera,
que el que, después de un año, la veía,
con la fe más sincera
loando sus primores, prorrumplía:
— ¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura! —

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores,
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡Adiós morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron con destino bueno ó malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento
Mas, basta de moral, y siga el cuento.

SEGUNDA PARTE

A mi lugar un día
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solía
la Virgen que llamamos de la Barca;
santa que yo adoré, santa que aun era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oír lo sonoro ó no sonoro,
á una vela escuché, no sin trabajo,
que decía á la santa por lo bajo:

— ¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija también de la morera.

En mi suerte tirana,
fui flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
que al ser lo que eras, lo que soy sería! —

— Su desdén me acongoja, —
dijo el vestido de la santa entonces;
— llegué á seda desde hoja,
y sus oídos para mí son bronce.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera! —

— Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor, — dijo la santa:
— y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¿Qué hay de común entre las tres? — seguía.

— ¿No ven, — las fué diciendo,
— que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado? —
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.
Mas ¿cuál de todos será el fin? Veamos.

TERCERA PARTE

A la vela inflamada,
Llega, — dijo el vestido, — hermana mía,



y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría. —
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

*¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!*

HUMORADAS

AL SEÑOR DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO

I

AHORA que mi queridísimo compañero, el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas *humoradas*, porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo á alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á luz los *Pequeños poemas*, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de *Humoradas* parecerá también poco propio?

¿Qué es *humorada*? Un rasgo intencionado. ¿V *dolora*? Una humorada convertida en drama. ¿V *pequeño poema*? Una dolora ampliada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

II

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abraza desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de *segundas intenciones* escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita á hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá y el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien, que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan á muchas gentes por su misma objetivación é infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que á la sencillez en la forma, se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que á algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve.» Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar *el de lo que se ve*; y el nuevo, que lo llamaremos *el de lo que no se ve*. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza á primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material á lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial á lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios á dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan á la región de lo indefinido.

III

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el Sr. Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles, se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas á las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epítaphos, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también á estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos ó quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de *Humoradas* que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose á lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una *humorada*, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, ó en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, á imitación suya, voy, á propósito de estas humoradas, á escribir también un poco de estética trascendental.

IV

No quisiera que el lector, al hallarse con estas bagatelas escritas para los albums y los abanicos de mis amigas, ó recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de «Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos, á quienes se les puede calificar de sacristanes de *ambón*, se complacen en llamar «suspirillos germánicos» á toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo á los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman *lapidaria*, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.